

Un largo camino hacia la libertad

NARRADOR: NELSON MANDELA
ADAPTADO DE *LONG ROAD TO FREEDOM*

EL DÍA DE MI LIBERACIÓN, ME DESPERTÉ A LAS 4.30 DE LA mañana luego de unas pocas horas de sueño. En Ciudad del Cabo, el 11 de febrero, era un día despejado de fines del verano. Hice una versión reducida de mi régimen usual de ejercicios, me lavé y tomé el desayuno. Luego telefoneé a cierto número de personas que venían a la casita a hacer los preparativos para mi liberación y seguí trabajando en mi discurso. Como tan a menudo ocurre en la vida, la importancia de una ocasión se pierde en la confusión de un millar de detalles. Mi excarcelación estaba fijada para las 3.00 de la tarde.

A las 3.30 comencé a inquietarme. Les dije a los miembros del comité de recepción que mi gente había estado esperando por mí durante veinticinco años, y no quería hacerlos esperar más. Poco antes de las 4.00 de la tarde, salimos en una pequeña caravana de autos. Aproximadamente un cuarto de milla después, frente a las puertas de la prisión, el auto se detuvo y yo salí y me dirigí a las puertas caminando.

Al principio, no pude realmente percatarme de lo que pasaba frente a nosotros, pero cuando estaba aproximadamente a unos 150 pasos, vi una tremenda conmoción y una gran multitud: cientos de fotógrafos y cámaras de televisión y periodistas, así como varios centenares de partidarios. Me quedé asombrado y un poco alarmado. Realmente no había

esperado tal escena. Cuando más, había imaginado que habría varias docenas de personas, principalmente los guardias de la cárcel y sus familias. Pero resultó ser sólo el comienzo. Me di cuenta de que no estaba completamente preparado para todo lo que estaba a punto de ocurrir.

A unos veinte pies de la puerta, comenzó el chasquido de las cámaras, un ruido que sonaba como un gran rebaño de bestias metálicas. Los reporteros empezaron a vocear sus preguntas y los equipos de la televisión a aglomerarse. Los partidarios del CNA (Congreso Nacional Africano) estaban dando voces y vítores. Era un caos jubiloso, si bien ligeramente confuso. Cuando uno de los equipos de televisión me lanzó un objeto negro, largo y lanudo, retrocedí un paso, preguntándome si se trataba de algún arma novedosa que hubieran inventado mientras yo me encontraba en la cárcel. Winnie me dijo que era un micrófono.

Cuando ya me encontraba entre la multitud levanté el puño derecho y la multitud lanzó un rugido. No había podido hacer eso en veintisiete años y me produjo una sensación de poder y de gozo. Sentí, a los setenta y un años, que mi vida estaba comenzando de nuevo. Mis diez mil días de encierro habían acabado.

En mi primer discurso en una concentración durante las festividades del Gran Desfile en Ciudad del Cabo, hablé con el corazón. En primer lugar quería decirle a la gente que no era un mesías, sino un hombre ordinario que se había convertido en líder debido a circunstancias extraordinarias.

Amigos, camaradas y compatriotas sudafricanos. Les saludo en el nombre de la paz, la democracia y la libertad para todos. Estoy aquí no como un profeta, sino como un

humilde servidor de ustedes, el pueblo. Sus incansables y heroicos sacrificios han hecho posible que yo esté aquí hoy. Por tanto, pongo los años de vida que me quedan en vuestras manos.

Fue el anhelo de libertad para que mi pueblo viviera su vida con dignidad y decoro lo que animó mi vida, y transformó a un joven atemorizado en audaz; lo que llevó a un abogado cumplidor de la ley a convertirse en un delincuente, lo que convirtió a un marido devoto de su familia en un hombre sin hogar, y lo que obligó a un hombre amante de la vida a vivir como un monje.

Es de mis camaradas de lucha que aprendí el significado del coraje. En repetidas ocasiones he visto a hombres y mujeres arriesgar y dar sus vidas por una idea. He visto a hombres que se enfrentan a los ataques y a la tortura sin quebrantarse, mostrando una fuerza y una resistencia que desafía la imaginación. Aprendí que el valor no era la ausencia de miedo, sino el triunfo sobre el miedo. Yo sentí miedo más veces de las que puedo acordarme, pero lo oculté detrás de una máscara de audacia. El hombre valiente no es el que no siente miedo, sino el que lo vence.

Para sobrevivir en la prisión, inventé maneras de encontrar satisfacción en mi vida diaria. Uno puede sentirse realizado por lavar las ropas de uno de manera que queden realmente limpias, por barrer un pasillo para que esté libre de polvo, o por organizar la celda para ahorrar tanto espacio como sea posible. El mismo orgullo que pones en llevar a cabo importantes tareas fuera de la prisión, puedes hallarlo en el desempeño de tareas menudas.

Si bien yo he disfrutado siempre de la horticultura, no fue hasta que estuve tras las rejas que fui capaz de atender

mi propio huerto. Un huerto era una de las pocas cosas en prisión que uno podía controlar. Plantar una semilla, observar cómo crece, atenderla y luego cosecharla ofrecía una satisfacción sencilla y perdurable. El sentido de ser el custodio de este pequeño pedazo de tierra brinda un breve sabor a libertad.

De alguna manera veía el huerto como una metáfora de ciertos aspectos de mi vida. Un líder también debe atender su huerto. También planta semillas y las cuida, las cultiva y cosecha el resultado. Al igual que un hortelano, debe responsabilizarse por lo que cultiva; debe preocuparse por su trabajo, intentar rechazar a los enemigos, preservar lo que pueda preservarse y eliminar lo que no puede salir bien.

Las autoridades me suplían de semillas. Inicialmente planté tomates, pimientos chiles, y cebollas: plantas resistentes que no exigen una tierra rica ni constante cuidado. Mis primeras cosechas fueron pobres, pero no tardaron en mejorar. Convertía una tierna planta de semillero en una planta robusta que producía frutos de un rojo vivo. Una vez que el huerto comenzó a florecer, con frecuencia les ofrecía a mis custodios algunos de mis mejores tomates y cebollas.

Siempre supe que en lo profundo de cada corazón humano se encuentra la misericordia y la generosidad. Nadie nace odiando a otra persona por el color de su piel, sus orígenes o su religión. La gente aprende a odiar, y si así es pueden aprender a amar, porque el amor acude más naturalmente al corazón humano que su contrario. Aun en los momentos más sombríos de mi prisión, cuando mis camaradas y yo éramos empujados hasta el límite, veía un destello de humanidad en algunos de los guardias, tal vez por un segundo, pero eso me bastaba para reafirmarme y

mantenerme firme. La bondad del hombre es una llama que puede ocultarse pero nunca extinguirse.

He caminado ese largo camino hacia la libertad. He tratado de no vacilar; he tropezado a lo largo del camino, pero he descubierto el secreto de que después de escalar una montaña uno encuentra que hay muchas montañas más por escalar. Me he tomado un momento aquí para descansar, para robarle un vistazo a este glorioso escenario que me rodea, y para mirar hacia atrás la distancia recorrida. Pero puedo descansar sólo por un momento, porque con la libertad vienen las responsabilidades, y no me atrevo a demostrarme, porque mi larga caminata no ha terminado aún.

Nuestro temor más profundo no es que seamos inadecuados. Nuestro temor más profundo es que seamos poderosos más allá de toda medida.

Es nuestra luz, no nuestra oscuridad lo que más nos asusta. El jugar a ser pequeño no salva al mundo. No hay nada esclarecedor en encogerse para que otras personas no se vayan a sentir inseguras a nuestro alrededor.

Y al dejar que brille nuestra luz, inconscientemente le autorizamos a otros a hacer lo mismo. Al liberarnos de nuestros propios miedos, nuestra presencia automáticamente libera a los demás.

MARIANNE WILLIAMSON

Ayude a construir una Sudáfrica fuerte y libre. Invierta en el desarrollo democrático y equitativo de Sudáfrica: llame a **Shared Interest** al 212-229-2709. Trabaje con **The Africa Fund** para apoyar el **Centro de Traumas para las Víctimas de Violencia y Tortura de Sudáfrica**: llame al 212-962-1210 o envíe un e-mail a africafund@igc.apc.org.